



CLIO

REVISTA BIMESTRE DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

EDICION A CARGO DE LA COMISION DE PUBLICACIONES

ACOGIDA A LA FRANQUICIA POSTAL Y TELEGRAFICA .

Año XVII

Ciudad Trujillo, República Dominicana, Septiembre-Diciembre, 1949

Núm. 85

Al entrar el nuevo año, 1950, CLIO se complace en formular sus votos más fervientes por la felicidad de la República Dominicana, por su esclarecido Primer Mandatario, el Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, a quien se debe la creación y sostenimiento de la Academia Dominicana de la Historia, a todos cuantos tienen a su cargo la más alta investidura de los Poderes Nacionales, a sus colaboradores y amigos y a cuantos se interesan por el bienestar y la ventura de la Patria Dominicana y por el acrecentamiento y prestigio de sus instituciones y auge de su cultura.

"El Tapado" de México y el de Santo Domingo

Por el Dr. D. José de J. Núñez y Domínguez (*)

Señor Presidente de la Academia Dominicana de la Historia,

Señor Presidente de la Academia Dominicana de la Lengua,

Señores Académicos,
Señoras, Señores:

Gracias rendidas os doy, señores académicos, por haber tenido la dignación de recibirme en vuestra docta casa; porque aún cuando con tradicional hidalguía dáis paso franco al mensajero de las simpatías fraternales de las Academias Mexicanas de la Historia y de la Lengua, habéis extremado tan muníficamente vuestra gentileza que me sentáis en vuestros escaños y me permitís abordar vuestra tribuna,

en donde tantas notabilidades, así en las letras como en las artes y las ciencias, han publicado las excelencias de sus talentos y los caudales de su sabiduría.

La para mí feliz circunstancia de tener a la vez la honra de ser individuo de ambas Academias Mexicanas y de ostentar la representación diplomática de mi país, movió a esas ilustres corporaciones, aprovechando mi estadía en esta histórica tierra, a enviar a sus hermanas, por mi insignificante conducto, un saludo de perdurable y sincera amistad.

Las dos corporaciones se sienten vinculadas a las vuestras por lueños enlaces de todo linaje, ya que, ramas del mismo tronco, idéntica savia las alimenta.

Su similar origen sirveles para comprender con mayor anchura y para realizar con patente beneficio

(*) Véase Académicas, en este número.

esa labor de unión espiritual de América, que hace de nuestras patrias la gran patria común en que se funden los ideales de nuestra raza, de la raza mundonvista que justamente tuvo sus primigenios brotes en este suelo, predilecto del ínclito descubridor genovés.

Y ningunas instituciones más idóneas, ni más caracterizadas, ni mejor ubicadas en el campo sereno de la intelectualidad, que las Academias de la Historia y de la Lengua, para llevar a cabo, dentro de su austero radio de acción, esta tarea de reafirmación de la individualidad americana. Una, al congregarse en su seno a los hombres que se han consagrado a las investigaciones del pretérito y que se han distinguido en esas disciplinas (puesto que su presencia allí es prueba de selección), vela por alquitarar los acontecimientos históricos; para examinar con frío análisis los fenómenos sociales que han integrado la evolución de los pueblos; para depurar hechos e incoar a los individuos el proceso de la inexorable Clío, trayéndolos a sus proporciones humanas. Es ella, en fin, el "Sancta Sanctorum" de la verdad, en donde no penetran ni la mentira falaz, ni el oro corruptor, ni la pasión sectaria, adulteradores todos de la evidencia histórica.

La otra Academia, va en paridad de importancia con su melliza. Vigila la pureza de la lengua, instrumento divino de la comprensión humana; está atenta a que los fueros del lenguaje no sufran menoscabo ni con intromisiones exóticas ni con aportaciones de grosera germanía. Vestal de este fuego sagrado, no permite que impuras manos arrojen cizañas en la llama que acrisola nuestra parla; pero, fiel a la divisa materna, no se opone tampoco a que se acreciente este patrimonio y lo pule, lo fija y le da esplendor, para el máximo lustre de la raza hispanoparlante.

Por ello vuestros lemas tienen un contenido ecuménico. Son universales; y el "Fiat lux" de la Academia Dominicana de la Historia, puede ser la divisa de cualquiera otra Academia de su género, ya que la persecución de la verdad es hacer la luz, es desgarrar las tinieblas con un prodigioso torrente de claridad. Y así, también el lema de la Academia Dominicana de la Lengua: "La lengua es la patria", colocado bajo el signo cervantino, adaptaría a maravilla a la acción de cualesquiera de las otras Academias de América, puesto que en la lengua enraza el más puro sentimiento de la nacionalidad y con ella se lanza el vitor al héroe, se impreca al enemigo de nuestro solar nativo, se bendice a la bandera, se ensalzan las glorias de nuestros pueblos y se entonan las electrizantes estrofas de los épicos himnos que arrastran a las multitudes a la muerte o a la victoria.

Aquellos que juzgan por las apariencias o que no se preocupan por conocer cuáles son las fuerzas que contribuyen al progreso de un país, ignoran la fecunda labor a que dan cima las Academias de la Historia y de la Lengua. No saben que esos grupos de hombres que en el silencio de sus gabinetes o en las bibliotecas y archivos inmolan lo mejor de su vida en arduas búsquedas, son obreros activísimos del edificio de la patria. Con los elementos que logran obtener, a veces al cabo de años, cooperan a amacizar el ser nacional. Nada los detiene en su devoción: ni la pobreza ni el alejamiento de jugosas prebendas; y, aún a costa de personales sacrificios, esos varones desinteresados, en su mayoría modestos, se sienten ufanos de contribuir al engrandecimiento del "alma parens", que decían los latinos, sin recibir más recompensa que la satisfacción del deber cumplido.

Pláceme proclamar estos hechos en ocasión tan enaltecida para mí como la presente, en la que se ponen de nuevo de manifiesto los añejos sentimientos de comprensión y de amistad de México y de la República Dominicana. Estos actos, dentro de la sencillez que conviene a los esparcimientos de la inteligencia, son hitos sólidos en la ruta de confraternidad que nuestras naciones han recorrido en asombroso paralelismo histórico.

Al levantar uno más en esta solemnidad, estad seguros de que en México tendrá prolongadas resonancias en todos los hombres de limpio corazón y de alto pensamiento.

Y permitidme, en nombre de las Academias Mexicanas de la Historia y de la Lengua, renovaros, con los míos particulares, sus fervientes votos por vuestro constante engrandecimiento y el de vuestra patria, justamente apellidada la "Cuna de América".

José de J. Núñez y Domínguez.

Ciudad Trujillo, R. D.,
18 de diciembre de 1949.

Señor Presidente de la Academia Dominicana
de la Historia,

Señor Presidente de la Academia Dominicana
de la Lengua,

Honorable Auditorio:

Desde los añorados días en que cursaba el bachillerato y en que traía a mal traer a las ciencias exactas, porque de continuo rehuía su contacto para buscar los esparcimientos de la imaginación con la



lectura de obras históricas o literarias, cayó en mis manos de adolescente un libro asaz interesante que había en la biblioteca de nuestro colegio.

Como solamente existía un ejemplar y éramos muchos los que deseábamos leerlo, nos le disputábamos continuamente y cuando nos engolfábamos en su lectura, no había poder humano que nos arrancara de nuestro asiento, hasta que sonaba la señal de clausura de la librería y, muy a nuestro pesar, debíamos reintegrarlo a los bibliotecarios.

Era un libro en cuarto mayor, hermosamente impreso, lleno de bellas estampas litografiadas y con un título terrorífico por el exceso de tinta roja en caracteres y ornamentaciones. Se llamaba "El Libro Rojo", porque todo su texto se componía de relatos sangrientos de sucesos coloniales, es decir, que se habían registrado durante la época en que México, la Nueva España de entonces, fué Colonia española. De "El Libro Rojo" eran autores el General don Vicente Riva Palacio y don Manuel Payno, ambos célebres en las letras mexicanas de fines del siglo XIX como autores de novelas históricas a lo Walter Scott y Eugenio Sué (1). El General Riva Palacio, fué una personalidad polifacética: abogado, poeta, novelista, historiador, militar, político y diplomático, descolló en su tiempo como un hombre en que se habían reunido, en feliz consorcio, las prendas del talento y la simpatía del individuo.

Descendiente de un prócer de la independencia mexicana, hijo de un prominente abogado, desde joven cultivó las bellas letras y segó mieses en todos los campos, por igual en la poesía que en la novela, en la historia que en el cuento.

Por su alta posición social y política y por sus aficiones a la historia, le fué dable conocer los más interesantes archivos de México; y de ellos sirvióse no sólo para escribir sus obras de imaginación sino las de consistencia científica tan notables como un tomo del monumental "México a través de los siglos", que se publicó bajo su dirección.

Y bien: "El Libro Rojo", que se estampó a raíz del triunfo de los liberales contra los conservadores en 1867, que culminó con el fusilamiento de Maximiliano, fué producto de este período de exaltadas pasiones.

Se pretendió tal vez, con su publicación, poner de relieve el despotismo del régimen español y la

(1) *El Libro Rojo* —1520-1867— Por V. Riva Palacio y Manuel Payno. México. Imprenta de Díaz de León y White, 1870.

participación del clero en muchos de los tenebrosos dramas que se desarrollaron durante el coloniaje y que por el misterio en que quedaron envueltos, continuaban siendo motivos atrayentes para la curiosidad del público, aunque el libro abarcó otras épocas, hasta 1867.

Uno de esos dramas —mejor dicho, tragedia—, fué el de don Antonio de Benavides, que en la historia de México figura con el remoquete de "El Tapado" y que precisamente por los detalles que lo informaron, llenos de sombras y de intrigas, tentó la pluma del General Riva Palacio, que lo desarrolló en narración amenísima como todas las suyas y que figura como uno de los capítulos de la mencionada obra, que ilustró el gran dibujante mexicano Miranda.

La lectura de ese episodio dejó imborrables recuerdos en mi memoria; y cuando pasados largos años, algún editor de revistas me pidió le escribiera un relato colonial, dándole forma novelesca, pensé incontinenti en "El Tapado". Releí el del General Riva Palacio y encontré que, eso sí, basándose en los mínimos datos históricos que acerca de don Antonio de Benavides se conocen, había puesto más de su fantasía que de la escueta verdad, porque ésta nunca llegó a conocerse. "El más impenetrable misterio vela toda esta historia", confiesa el propio General; y, agrega: "Quizá algún día el casual encuentro de algún expediente, en México o en España, arroje luz sobre éste hasta hoy sombrío episodio de nuestra historia colonial".

Un tanto descorazonado, pues había supuesto que el General Riva Palacio, para quien eran familiares los archivos de la secretaría del virrey, los de la Inquisición, los de la Real Audiencia y los de los conventos, mencionaría las fuentes en que abrevara los datos que le sirvieron para su relación, púseme a investigar a mi vez; y aunque anduve de la Ceca a la Meca en archivos y bibliotecas y aunque consulté con mis amigos más eruditos en historia de aquella centuria (la XVII), no tuve más fortuna que Riva Palacio, aunque sí pude sacar en limpio que los únicos datos escritos acerca de "El Tapado" se encontraban en una curiosísima obra: el "Diario de Sucesos Notables" (1665-1703) escritos por don Antonio de Robles, que de seguro sirvió a Riva Palacio para confeccionar su narración, pues publicado en 1853 como folletín del "Periódico Oficial" por el insigne historiador don Manuel Orozco y Berra, hubo de ser bien conocido por el General-poeta (2).

(2) En "Documentos para la Historia de México", vol. III.

La obra de Robles, que hasta esa fecha había permanecido inédita, luce este rubro: "DIARIO— De algunas cosas notables que han sucedido en esta Nueva España y otras de Europa, desde el año 1665 hasta 1703, escrito por el Lic. D. Antonio de Robles, presbítero, colegial del Colegio de San Pedro de esta Ciudad de México, y concluso a 25 de enero de 1704" (3).

Este hombre minucioso, que a veces es casi un memorialista, anotaba todo cuanto acontecía en México o en otras partes y que llegaba a su conocimiento. De no haber sido por él, nunca se habría conocido la historia de "El Tapado", porque si bien la cuentan, aunque muy someramente, algunos autores antiguos, es fácil colegir que tomaron sus informaciones de Robles.

Vaguisimas referencias hay también de "El Tapado" en otros documentos, pero se necesitaba un interés especial para dar con ellas, pues de otro modo nadie habría parado mientes en ese suceso, a no ser alguno de esos eruditos meticulosos en grado extremo que siguen la pista de un nombre hasta que no desentrañan su significado.

Tal me pasó, por ejemplo, con Sor Juana Inés de la Cruz, la "Décima Musa" de América, no igualada hasta hoy, que en algunos de sus poemas de circunstancias alude a Benavides; y estoy cierto de que los sorjuanistas más devotos, como mi ilustre y fraterno amigo D. Ermilo Abreu Gómez, autor de las mejores obras sobre la monja jerónima de México, no se habrían preocupado de saber de qué Benavides se trataba, si Riva Palacio, inspirado en Robles, no lo hubiera revelado.

Después de que frangollé mi novelesco engendro y vió la luz en una revista, recibí nuevas proposiciones para editarlo en un libro, porque había placido a ciertos lectores, quizás por lo mucho de mi magín con que adorné algunos episodios, como honradamente lo declaré en el prólogo.

Y no obstante mis resquemores por dar forma de libro a aquel parto de mi inventiva, salió de las prensas y fué a correr mundo, aunque contrahecho y desprovisto de galas bajo el rubro de "Don Antonio de Benavides, el incógnito "Tapado" (4).

(3) La segunda edición es de la "Colección de Escritores Mexicanos", Editorial Porrúa, México, 1949. Vols. 33-34.

(4) "Don Antonio de Benavides - El Incógnito "Tapado" - Por José de J. Núñez y Domínguez - Ediciones Xóchitl - México, 1945. Tomo 19 de "Vidas mexicanas".

Tiempo después y hallándome en Bruselas, mi dilecto amigo, el prestante hombre de letras don José M. González de Mendoza, gran bibliógrafo y sabidor de cosas que no advierte el más avisado, me escribió diciéndome que había existido otro "Tapado" en Santo Domingo, si no era el mismo de México, como lo había visto, al leer la obra del Doctor Max Henríquez Ureña "Panorama Histórico de la literatura dominicana", que acababa de publicar este eminente diplomático y escritor por aquel entonces. Citábame fielmente los párrafos respectivos y me anunciaba que ya le enviaba mi libro.

Sorprendiéndome la noticia, pues confieso que ignoraba por completo la existencia de "El Tapado" dominicano, me dispuse a solicitar más detalles a algún conocido de esta capital.

Nunca me supuse, sin embargo, que el Destino me depararía la satisfacción de que fuera yo mismo, en persona, el que acudiera a esta hermosa "Ciudad primada" a recoger los datos que se relacionan con ese misterioso personaje, que ha movido ya tantas y tan bien cortadas péñolas.

Y he aquí por qué he venido a hablaros de "El Tapado" o, más bien dicho, de los dos "Tapados".

Perdonad que os haya distraído con tan fastidiosa cuan extensa digresión; pero comprenderéis en vuestra amabilidad que era necesaria.

Y ahora, y con vuestra venia, y abusando de vuestra complaciente paciencia, entraré en materia.

Los hechos escuetos relativos a "El Tapado" de México, don Antonio de Benavides, según los con-signa don Antonio de Robles, único testigo coetáneo que dejó constancia documental de ellos en su "Diario", fueron los siguientes:

El martes 11 de mayo del año de gracia 1683, llegó a la capital de la Nueva España o sea la ciudad de México, un correo con la noticia de que iba en camino desde la Veracruz una persona llamada don Antonio de Benavides, de quien se decía era visitador, cargo que, como todos sabéis, se desempeñaba en aquellos tiempos sólo por un togado de reconocidos méritos, o por un gran valido de la Corte, porque sus atribuciones eran tan altas que hasta podía fiscalizar la conducta de los mismos Virreyes, aprehenderlos y residenciarlos, lo mismo que a los más encumbrados funcionarios de ultramar.



Cuatro días después, el 15, se recibió aviso de que los piratas franceses se habían apoderado de Veracruz, nueva sensacionalísima en aquella época, que llenó de profunda consternación a los habitantes de la capital. (El hecho acaeció exactamente el martes 18 de mayo, pues el 15 los corsarios sólo desembarcaron en la vieja Veracruz o sea la Antigua, sita a unas cuantas leguas de la nueva).

El Virrey, que lo era don Tomás Antonio de la Cerda, Conde de Paredes y Marqués de la Laguna, y que gobernaba la colonia desde 1680, tomó todas las providencias del caso para socorrer a Veracruz; y aunque preocupado por este gravísimo acontecimiento, no descuidaba otros asuntos, entre ellos el de la anunciada presencia de un Visitador. Así que, entre tanto, estuvo en espera de él, y al ver que no se presentaba, entró en sospechas y ordenó al oidor don Frutos Delgado, que había ido a la Veracruz con tropas de auxilio, que aprehendiera a Benavides, cosa que se efectuó en la villa de Orizaba, a donde había regresado, al parecer de huída, el falso Visitador, después de haber llegado hasta el barrio de Cuetlaxcoapan, de la ciudad de la Puebla de los Angeles, y permanecido allí tres días: 21, 22 y 23 de mayo. Ello hizo suponer, con razón, que intentaba de nuevo ganar la costa y reembarcarse, tal vez en una nave de los piratas, de los que quizás era compañero, según se murmuraba entre el público.

Procedióse a su aprehensión, y son muy curiosos los detalles que de ella encontré en un manuscrito inédito, de un indio anónimo vecino de la Puebla, que escribió una especie de anales de ese período y que existen en la colección de documentos del Museo Nacional de México; pues Robles no consigna ninguno de estos datos. Se le pusieron esposas y se le encarceló, conduciéndosele en seguida de nuevo a la Puebla, en donde arribó el martes 1º de junio, a las 8 de la mañana, particulariza el indígena en sus anales.

Se le llevó a la casa de un vecino y al llegar al umbral "salió don Frutos de su carroza y fué estirando al visitador con una cadena de oro para meterlo adentro. Hecho esto, mandó poner inmediatamente centinelas para que cuidaran, como en efecto lo hicieron, las puertas, ventanas y zaguán".

"Al sacarlo al otro día de Cuetlaxcoapan lo aseguraron con grillos de hierro en los pies y así lo condujeron hasta México... Le llamaban al visitador "El Tapado".

Como se ha visto, ya desde antes de su llegada

a la metrópoli se le llamaba "El Tapado". ¿Por qué? Nos detendremos más adelante en este punto.

Luego, Robles, con el rubro de "El Tapado, su entrada", pone esta noticula, el viernes 4 de junio: "Esta noche, a las nueve, entraron a don Antonio de Benavides".

El jueves 10 se le tomaron declaraciones y se le remitió a la Sala del Crimen.

El viernes 11, consigna que el Virrey hizo diligencias muy urgentes con Benavides para que declarase sus intenciones y mostrase sus papeles, sin lograrlo por la negativa terminante del preso.

El 13, domingo, antes de las oraciones, le bajaron a la cárcel de Corte y a otro día a un calabozo.

No vuelve a mencionar a Benavides hasta el domingo 11 de julio, en que dice que encontraron al "Tapado" en la cama de su celda, queriéndose ahorcar con un pañuelo.

Y de resultas de este intento de suicidio, "El Tapado" quedó gravemente enfermo, pues Robles asienta que tres días más tarde, el miércoles 14, fiesta de San Buenaventura, olearon en la bartolina a Benavides, quien dió 1,000 pesos de manípulo. El cura no quiso recibirlos. Se los llevaron al Virrey y los volvió, haciéndose al fin con ellos "un palio para el Santísimo".

Como contraste, ese propio día se celebró en la Catedral, con gran fausto, el bautismo del hijo del Virrey, con salvas, repiques, procesiones, desfile de tropas y fuegos artificiales, así como una cena en el Real Palacio. La cárcel de Corte se hallaba en el mismo Palacio, casi frontera a la Catedral, y hasta el calabozo de Benavides han de haber llegado los ruidos de estas fiestas.

A propósito del donativo de Benavides, comenta el General Riva Palacio: "La historia de "El Tapado" ofrece a cada momento incidentes que sólo sirven para aumentar más y más el misterio que envuelve siempre a este célebre personaje, y que nos inducen a formar mil conjeturas. En efecto, ¿qué puede pensarse de un hombre sobre quien la justicia había ejercido tan rudamente su poder, que estaba moribundo a consecuencia del tormento (*de ello no habla Robles, aunque dados los procedimientos de la época hay que admitirlo por hecho*), olvidado en un calabozo, en una ciudad y un reino al que llegaba por la primera vez, y que hacía tan fácilmente un regalo de esa clase a la iglesia, sin tener bienes de ninguna cla-



se, ni relaciones aparentes con ninguna persona de la colonia? Dar, no mil, sino cincuenta o cien mil pesos, era cosa usada y muy sencilla para cualquiera de los ricos colonos de la Nueva España; pero el preso, infeliz y desvalido, regalando mil, esto es una cosa llena de misterio”.

El Diario de Robles no vuelve a referirse para nada a don Antonio de Benavides durante el resto del año 1683 ni en todo el primer semestre de 1684.

“El Tapado” se pudría en el calabozo de la cárcel de Corte y no fué sino hasta el 11 de julio, cuando de nuevo Robles habla de Benavides, diciendo que ese día, martes, a las 11 de la mañana, llamó el preso al secretario del Virrey, de apellido Castiflo, para hacer una declaración.

¿Cuál fué ésta? No lo dice el diarista, quien, simplemente en cinco líneas, anotó lo siguiente a otro día: “D. ANTONIO BENAVIDES, AHORCADO. Miércoles 12, sacaron por las calles acostumbradas a ahorcar a D. Antonio Benavides el Tapado”. Y luego: “Este día eclipsó el sol”. Y como remate de este siniestro episodio: “Este día cortaron la cabeza al Tapado y la llevaron a la Puebla, y las manos, una en esta horca”.

Y esto es todo lo que el único testigo de los hechos, el solo conocido, repito, dice de “El Tapado”.

Pero en estos elementos, con ser tan escasos, un hombre del talento y la inventiva del General Riva Palacio, encontró un rico filón para bordar un relato espeluznante y entretenido.

Todo favorecía a su imaginación: el ambiente colonial, la toma y saqueo de Veracruz por Lorencillo, el misterio de que se rodeó al procesado, su intento de suicidio y para final un eclipse de sol en el momento en que se le ajusticiaba. ¿Para qué pedir más? Y el General, diestro en estos achaques, escribió en un santiamén páginas que todavía nos deleitan por sus vívidas descripciones, su colorido y la dramática de la intriga.

Cuando yo, casi tres cuartos de siglo más tarde, volví a las andadas resucitando a “El Tapado”, también eché a volar la imaginación, muy más que el insigne General y entono contrito un “mea culpa”; sólo que habiendo emprendido más detenidas búsquedas que Riva Palacio, comprobé que en el Diario de Robles no se dice que Benavides se titulara Marqués de San Vicente ni Castellano de Acapulco ni que fuese Cruzado de la Orden de Santiago.

Los poblanos, según los Anales del indio anónimo, únicamente supieron “que venía un Visitador, dizque venía a examinar los preparativos de guerra (*contra los piratas*) llamado por los Castellanos”.

Y en las noticias que da un año después, al hablar de la ejecución de Benavides, asienta que los títulos de éste “eran los de don Antonio Frois Melo Lusitano Venavides, Marqués Cabos (?) de San Vicente de la Cruz Roja, Caballero, Maestro (sic) de Campo, Visitador General”.

Entre los historiadores coloniales más antiguos que hablan de “El Tapado”, Echeverría y Veytia, autor de la “Historia de la Fundación de la Ciudad de Puebla de los Angeles” (1718-1779), expresa que “este año (1683) vino a esta ciudad (Puebla) un embustero que se titulaba Marqués de San Vicente, fingiéndose Cruzado del Orden de Santiago y que venía de Visitador general de los Tribunales de esta ciudad...” Y el Padre Cavo (1739-1794), en su obra “Los Tres Siglos de México”, dice: “En el mismo año (1683), de Veracruz pasó a México, y favorecido de muchos, don Antonio Benavides, a quien llamaban “El Tapado”, vendiéndose por Marqués de San Vicente, Mariscal de Campo, Castellano de Acapulco y otros dictados”.

Esos historiadores pertenecen al Siglo XVIII, aunque ciertamente no los hubo antes, porque eran los cronistas religiosos los que en sus obras registraban los principales acontecimientos de la colonia. Habría que hacer una detenida búsqueda en las numerosas crónicas conventuales, donde tal vez el General Riva Palacio y los historiadores citados encontraron las referencias transcritas.

Nuevamente en este punto vino a traerme un dato muy curioso, mi infatigablemente servicial amigo señor González de Mendoza, a cuya mirada perspicaz nada escapa. Sucedió que encontró un viejo libraco titulado “El Pasatiempo”, por don Antonio Joaquín Ribadeneyra y Barrientos, Abogado de la Real Audiencia de México y de la Inquisición y Oidor de Guadalajara, cuya primera edición se publicó en Madrid en 1752 y se reimprimió en esa Villa y Corte en 1786.

Es un “poema endecasílabo didáctico” en dos tomos que forman 14 cantos que se refieren a “los más notables sucesos sagrados y profanos, acaecidos en el mundo desde su creación, hasta la Paz general en el



feliz reynado de nuestro Católico Amado Rey el Señor Don Fernando VI (que esté en gloria)" (5).

En el tomo II, página 202, habla de "El Tapado" en esta forma:

"1683. Enriquece su armada Lorencillo
con el feliz de Veracruz saqueo.
En México el Tapado finaliza
con pena infame, honroso fingimiento".

Y pone esta nota al último verso: "Aparécese en México un hombre suponiendo traer grandes cargos a más del de Gobernador y Castellano de Acapulco, que se fungía con el título de Marqués de San Vicente. Fué preso y hechósele (sic) cargo, respondió: *Que él se firmaba D. Antonio de Benavides Marqués de San Vicente; y que no tenía culpa de que interpretasen como título, el que sólo era apellido.* Murió ahorcado y fué conocido por el Tapado".

La versión es peregrina y contradice datos históricos y la importancia que se dió al proceso; pero el hecho de que Ribadeneyra fuera abogado de la Real Audiencia de México y de presos del Santo Oficio de la Inquisición de la Nueva España, quizás lo puso en condiciones de conocer esa declaración de "El Tapado", tanto porque en esos tribunales pudo conservarse la tradición, como porque conoció el proceso respectivo.

Pero este proceso no se ha encontrado en México hasta la fecha y dadas las precauciones con que se siguió y el profundo secreto de las diligencias habidas, no es aventurado colegir que se trató de un "reo de Estado" y que todos los documentos de lo actuado se remitieron a España bajo partida de registro. Han de existir en el Archivo de Indias o en otro de la Península, probablemente.

También encontré, como ya antes lo indicara, que Sor Juana Inés de la Cruz, había intervenido en este asunto. En efecto, la famosísima monja, que go-

zaba de la amistad de los virreyes y era visitada por ellos a menudo en su celda, sobre todo por la Virreína, a quien dedicó varias producciones llamándola con el nombre poético de "Lysi", al enviar un romance al hijo del virrey con motivo de su primer cumpleaños, el 5 de julio de 1684, intercedió por la vida de "El Tapado", seguramente porque así se lo pidieron personas interesadas en el desventurado impostor, que ya había sido condenado a muerte. Esas personas conocían el afecto de los Virreyes para Sor Juana y desearon valerse de ello para obtener gracia en favor de Benavides. La monja dice al niño en su romance:

"Y pues es el fausto día
que se cumple el año vuestro,
de dar perdón al convicto
y dar libertad al preso;
Dad la vida a Benavides,
que aunque sus delitos veo,
tiene "parces" vuestro día
para mayores excesos". (6)

Nada consiguió la poetisa a pesar de sus melifluas rimas y Benavides fué ahorcado el 12 de julio.

La noticia de su condena era, pues, ampliamente conocida en la ciudad. ¿Por qué, salvo Robles, ninguno de sus contemporáneos dejó escrito algo acerca de su persona y sus andanzas?

Cercenadas cabeza y manos de "El Tapado", una de éstas y aquélla fueron enviadas a la Puebla, como lo consigna Robles. El indio anónimo de los Anales, es más explícito y asentó allí que trasladada la cabeza a Cuertlaxcóapan, la llevaron a la casa del Alcalde Ordinario Carrillo, en donde "la clavetearon contra un palo muy largo. Después llevaron este palo y lo pusieron junto a la horca que se halla en la plaza a fin de que vieran todos al que se llamaba "El Tapado". Agrega que llegó la cabeza el sábado 15 de julio.

Pero las desdichas de "El Tapado" no cesaron con su muerte. Colocada su cabeza frente a la iglesia de la Compañía de Jesús, el espectáculo ha de haber sido asaz macabro para los feligreses que acudían a ese templo y que han de haber huído ante aquel

(5) El título del libro es:

EL PASATIEMPO, |Obra Util |para Instrucción| de todos los Jóvenes. | Escrita |por D. Antonio Joaquín de Ribadeneyra| y Barriento, | Abogado de la Real Audiencia de México, y | de presos del Santo Oficio de la Inquisición de Nueva España, Colegial Mayor en el Viejo de Santa María de todos |Santos de dicha Ciudad, del Consejo de S. M. provisto| Oidor de la Real Audiencia de Guadalajara, | Reyno de la Nueva Galicia. | Poema endecasílabo didáctico | dividido en dos tomos, que forman | XIV Epocas comprehensivas de los | más notables sucesos sagrados y profanos, acaecidos en el | mundo, desde su Creación, hasta la Paz general en el fe-|liz reynado de nuestro Católico Amado Rey el Se-|ñor Don Fernando VI (que esté | en gloria.) | Con varias notas para su mayor claridad | e inteligencia.- En Madrid en la Imprensa de Benito Cano. Año de MDCCLXXXVI.

Esta es una segunda edición, pues la primera se hizo en 1752.

(6) Figura este romance en cualquiera Colección de las Obras Completas de Sor Juana, desde aquella primera hecha en Madrid en 1689 con el pomoso y desmesurado título de "Inundación Castálida de la Unica poeta, musa décima, Sor Juana Inés de la Cruz, religiosa profesora en el Monasterio de San Jerónimo de la Imperial Ciudad de México; que en varios metros, idiomas y estilos, fertiliza varios asuntos, con elegantes, sutiles, claros, ingeniosos, útiles versos para enseñanza recreo y admiración".



sangriento despojo. Entonces los jesuitas pidieron al Alcalde Mayor el 20 de julio, según lo consigna en su "Historia de Puebla" el Coronel Antonio Carrión, que se quitara la cabeza de allí. Tal vez fué arrojada a la fosa común.

Otro dato que obtuve fué este asiento del Archivo de la parroquia del Sagrario, de México (libro 2, página 204 vuelta): "En doce de julio de 1684 años ajusticiaron a D. Antonio Venavides, soltero, por cognomento el "Tapado", que desde que vino del puerto de Veracruz le trajeron a la cárcel. Enterróse en la Misericordia".

Hasta aquí lo que se sabe por documentos.

Ahora hagamos algunas digresiones.

¿Quién fué en realidad Benavides? ¿Qué misión llevaba a la Nueva España? ¿De dónde procedía y cómo desembarcó? ¿Estuvo en Santo Domingo?

Preguntas son éstas que nadie ha podido contestar todavía. Todas son conjeturas y suposiciones por no tener la base fundamental de la investigación o sea el proceso que se le formó.

El personaje fué de carne y hueso, fué una realidad histórica, un ser viviente; pero no hay ningún documento, por lo menos en México, que contenga las revelaciones que hiciera o las diligencias de las autoridades. Según Robles, ni el mismo Virrey pudo arrancarle una confesión y si hizo alguna en el tormento, no quedó constancia de ella.

"Los motivos de su persecución, tormento y muerte, dice el tantas veces citado Riva Palacio, constituyen el mayor de los misterios. Probable es que ni proceso escrito se formulara. He encontrado causas criminales y otros documentos de esa época. Del proceso de Benavides, ni el más leve rastro. . . Ningún dato ha sido posible hallar sobre la forma en que estaba redactada la sentencia del Tapado, ni de su parte resolutive. . . Sólo encontré indicaciones de que al exponer, de viva voz, en las esquinas el pregono, el delito del reo, cuando era conducido al patíbulo, decía que era un traidor".

Jamás se supo en público en qué región de España había nacido, ni qué había hecho antes de su arribo a México, ni la misión que llevaba ni cómo y cuándo desembarcó.

La coincidencia de que apareció en la Nueva España precisamente en los días de la toma de Vera-

cruz por los corsarios franceses, llevó a creer a las gentes que aquellos lo condujeron en alguno de sus barcos. Ciertamente que los corsarios admitían a toda clase de aventureros para sus correrías, y quizás en este caso lo han de haber hecho así. El ataque a Veracruz, según noticias que también encontré, fué planeado en una junta de corsarios que se celebró en la isla de las Vacas, y a pesar de que se opuso a él el Gobernador de la isla de la Tortuga, señor Cussi Tarín, que se presentó inesperadamente en la reunión, se llevó a cabo con los resultados conocidos, bajo el mando de la flor y nata de los capitanes de corso, que no buscaban otra cosa que robar y cometer los más atroces excesos so pretexto de paralizar el tráfico marítimo de España en sus posesiones americanas.

¿Qué iba a hacer allí el llamado "Marqués de San Vicente"? Bien pudo, sin embargo, haber pertenecido a las tripulaciones corsarias y escapar tierra adentro, para correr otras aventuras por su cuenta. Todo es posible en el terreno de las hipótesis.

Y era arriesgadísimo introducirse en las colonias sin papeles y subrepticamente, y mucho más tratar de pasar por funcionario del Gobierno. Las penas a que se exponían los impostores eran terribles. Y a pesar de ello, algunos aventureros se jugaron la cabeza durante la época colonial detentando cargos que no tenían. De esos ha de haber sido Benavides.

A este propósito, y entre paréntesis, vieneseme a las mientes que en 1550 hubo en México un impostor, el licenciado Vena, que se presentó como Visitador, aprovechándose de que el virreinato estaba acéfalo. La Real Audiencia, cuyos miembros no han de haber tenido la conciencia muy limpia, le recibió con temor y le llenó de obsequios y de donativos en dinero. Pero a la llegada del virrey descubrióse al falsario, a quien se puso preso, se le paseó por toda la ciudad "en una bestia de embaida", se le aplicaron 400 azotes y se le condenó a diez años de galeras. Por cierto que el tal Vena llevaba consigo a una sevillana de no malos bigotes, que hizo pasar por su mujer legítima.

Ante la carencia de informaciones sobre "El Tapado" de México, Riva Palacio concluye:

"En vano se procuró tener de él una contestación que diese alguna luz sobre sus antecedentes, sobre su misión, sobre el objeto que le traía a la Nueva España. Los esfuerzos de los oidores se estrellaron contra la fría reserva de aquel extraño personaje a quien no arredaban ni los tormentos ni la muerte, y a quien no ablandaban promesas ni ofrecimientos".

Y termina: "Presunciones todas: la verdad quedó envuelta en el más impenetrable misterio".

Y en cuanto a que Benavides haya estado en Santo Domingo, no existe prueba ninguna de su paso por esta isla y nadie hace mención de esa circunstancia entre los escritores mexicanos que se ocupan de este apasionante asunto.

Ahora, para terminar con el "Tapado" de México, expongamos nuestra opinión acerca de ese apodo o sobrenombre con que se le conoce en la historia.

Unos han dicho que se le llamó de esa guisa porque usaba una capa negra y se embozaba con ella, dejando únicamente visibles los ojos; otros que su apodo se debió al misterio con que se envolvía su persona y su proceso; otros más han aventurado la opinión de que se le nombró "El Tapado" por la práctica judicial que se seguía antaño con ciertos reos de notoriedad para cubrirles la cara cuando llegaban a algunas poblaciones grandes (7).

Riva Palacio argumenta: "Tanto se había hablado de Benavides, tan misteriosa había sido su conducta y tan impenetrable la misión que traía y la causa de su prisión, que la gente comenzó a llamarlo el Tapado. . ."

Y el gran escritor colonialista mexicano, Lic. don Artemio del Valle Arizpe, expone: "El pueblo le llamó así porque cuando fué conducido a la ciudad de México para internarlo en la cárcel, cabalgaba en una mula, impenetrablemente envuelto en una capa y rodeado de un tropel de alguaciles". (Hay que recordar que desde antes de su llegada a México ya Róbles le llamaba "El Tapado" en su Diario).

Pero a mi ver, la explicación más razonable, aunque casi igual a la de Riva Palacio, la dió el historiador Veytia al explicar que como Benavides dijo "que venía de Visitador General de los Tribunales a

esta ciudad (Puebla) para entender en ciertas averiguaciones secretas y dar cuenta al Rey por la Vía reservada, por eso lo llamaban "El Tapado". . ."

Además *tapado* se dice en el lenguaje familiar de aquel individuo que se rodea o es rodeado de cierta reserva, en circunstancias políticas o de otro orden.

Y ahora, hablemos de "El Tapado" de Santo Domingo.

Mi eminente amigo el Doctor Max Henríquez Ureña, en su ya citada obra "Panorama Histórico de la literatura dominicana" dice a la letra, en el Capítulo XVI, página 237:

"Hay tradiciones que corren el riesgo de perderse, como la del *Tapado*, que en el siglo XIX era muy conocida por repetición oral, como que de ella venía el nombre de una calle de la capital, que después se llamó *San José* y por último *19 de marzo*. Los hechos que la constituyen se inician en España y concluyen en México, pero también como punto central y de enlace, a Santo Domingo. Algunos datos esenciales reunió sobre esa tradición Francisco de la Fuente Ruíz, en *Letras y Ciencias*. De ella da también un breve trasunto Enrique Aguiar en su novela *Eusebio Sapote*; y en la ejecución del *Tapado* habla, con base documental, el escritor mexicano Artemio de Valle Arizpe en su *Libro de Estampas* (1934). Nadie, sin embargo, ha puesto en orden los elementos dispersos del suceso más novelesco de todas nuestras tradiciones coloniales".

Con esta noticia, en cuanto llegué a esta hermosa capital, en uno de mis primeros recorridos fuí a conocer la calle que antiguamente se llamó de "El Tapado" y la casa que la tradición señala como la que habitara ese personaje.

E informándome aquí y allá con distintas personas, supe que el respetable y digno Presidente de la Academia Dominicana de la Historia y del Senado de la República, Doctor don Manuel de J. Troncoso de la Concha, había consagrado en su obra "Narraciones Dominicanas" un capítulo a "El Tapado"; y cuando tuve la honra de conocer a ese eminente hombre público y amenísimo cuanto galano escritor, caímos en el curso de nuestra plática en el asendereado personaje. El señor Doctor Troncoso de la Concha me favoreció en seguida con un ejemplar de su valiosa obra, en donde con su erudición y donosura acostumbradas, narra cuanto hasta entonces se sabía aquí de "El Tapado" dominicano y del de México.

(7) A este propósito dice el jurisperito Jerónimo Fernández de Herrera Villarroel, en su famosa obra "Práctica criminal" al tratar de los testigos de vista, para evitar la sospecha que puede haber de que al tiempo de la prisión o después, en la cárcel, pudieran ver al reo, y se tiene la probabilidad de ser fraudulentos: "parece que mira más derechamente que a otra providencia de traer a los reos cubierto el rostro por las partes donde hay concurso ajeno grave el delito".

En el mismo libro, Cap. VII N^o 4, asienta: "Preso un reo. . . para facilitar la comprobación de la verdad de este delito, por los buenos efectos que se deja considerar pueden producir, me valiera de dos medios, el uno de cubrir el rostro del reo, así como fué preso. . . El primero para reparar los acosos que se ofrecen de aclamación o resistencia del reo, o sus amigos, pues es de menor embarazo su propia capa puesta en la cabeza que llevándola colgada en los hombros".

En la certificación de entrega del preso, el Escribano asentaba: "Llegamos a la cárcel pública de esta Villa, sin haber habido particular de que dar cuenta, al cual le traxo cubierto el rostro, y por partes donde no pudo fuceder accidente."



En verdad, no se puede pedir síntesis más bien hecha ni razonamientos mejores para examinar a ambas figuras del pasado.

El señor Doctor Troncoso hace la historia de la calle "del Tapado", que así se denominó por la casa colonial que se ubica en la esquina con la del Padre Billini, hasta 1859 en que el Ayuntamiento le cambió por el de San José y más tarde por el de 19 de marzo.

Según la tradición, en esa casa, que ostenta "como emblema una cruz y un rosario y alrededor de éstos la representación de pergaminos enrollados", habitó un misterioso personaje "a quien probablemente nadie vió jamás el rostro, lo ocultaba con una máscara, decían unos, con una capucha o un velo, exponían otros". "Agregábase —continúa el señor Doctor Troncoso— que eran frecuentes las ocasiones en las cuales el misterioso individuo se hacía visible, además de que, cuando se le veía, a hurtadillas, era en momentos en que los transeúntes eran escasos o debía suponerse a los vecinos entregados al placer de la siesta o a alguna ocupación del hogar. Las versiones circulantes acerca del "Tapado" recogidas por la tradición eran tres: una fantástica, una aceptable y una razonable. Según la primera, se trataba de un hermano gemelo del Rey (?) cuyo extremo parecido con el soberano había sido motivo de graves preocupaciones para éste, quien vivía bajo el temor de verse suplantado por sus enemigos con aquel ser de su propia sangre, por lo cual decidió enviarlo a esta su posesión insular del Nuevo Mundo, bajo la guardia y custodia de fieles amigos suyos, encargados de velar porque no recobrase su libertad el infortunado príncipe, ni quedase puesta de manifiesto su identidad. Esta versión, fruto, sin duda, de una lucubración extravagante, apenas era repetida, ni por las personas más simples o por los más crédulos. La otra pretendía que "El Tapado", miembro de la nobleza palatina, había dado muerte en lance de honor a otro caballero de alta alcurnia y que, para escudarlo, poniéndolo al margen de las sanciones legales, había sido mandado a Santo Domingo merced a gestiones de sus valedores en la corte, a condición de que no descubriera nunca su cara en público, excusando así a los justicias del rey en la isla la ignorancia de su presencia en ésta. La última sostenía, sencillamente, que "El Tapado" era un leproso, quien se cubría de esa manera el rostro para ocultar sus máculas a los ojos de los extraños".

El señor Doctor Troncoso, tras de consignar en seguida algunas noticias acerca de "El Tapado" de México, llega a esta conclusión:

"Para mí, todas las circunstancias concurren a mostrar que "El Tapado" de México y el de Santo Domingo son dos sujetos diferentes. No hay siquiera indicios de que el nuestro apareciera en la época más o menos en que llegó a México el que se hizo allá tristemente célebre. Se dice que el de Santo Domingo era en realidad un visitador regio, mas ésta es una afirmación o creencia demasiado aventurada para que se le haya de tomar en serio. La misión de un visitador constituía un acto de trascendencia muy extraordinaria; era algo, por decirlo así, como una duplicación del rey, cuando éste necesitaba llamar a cuentas o a capítulo a uno o varios de sus servidores, y algún rastro debió haber quedado en los archivos de esa circunstancia, que en tan contadas ocasiones se registraba. Cavilando acerca del caso, he llegado a la conclusión de que, antes de dirigirse a México estuviese en Santo Domingo el marqués de San Vicente, habitase la casa que mencioné arriba, fuese conocido de alguna gente, hiciese gala, tal vez, de su pretendida misión en el virreinato de Nueva España y más tarde llegase a nuestra isla la noticia de su procesamiento y malaventurado fin en México, de lo cual resultase que, retrospectivamente, se le llamase "El Tapado", al conocerse el mote con el cual había sido conocido en México. Una hipótesis semejante no carecería de fundamento, dado el haber sido ese virreinato la posesión española más relacionada en aquellos tiempos con Santo Domingo, que de allí recibía el *situado* y en muchas ocasiones fué la escala de las comunicaciones de nuestros antepasados con la metrópoli. Todo eso sin descartar de una manera absoluta la especie de que en la vieja casa colonial en donde se forma la esquina noreste de las calles 19 de Marzo y Padre Billini en la hoy Ciudad Trujillo, hubiese vivido un hombre misterioso, distinto del don Antonio de Benavides de México, con lo cual fuese cierto que hubiera un Tapado mexicano y otro dominicano. De que aquí hubo uno (fuesen dos o uno sólo) no hay duda" (8).

En su relato el señor Doctor Troncoso, lo mismo que Henríquez Ureña, cita al ilustre tradicionalista don César Nicolás Penson y al doctor Francisco de la Fuente y Ruíz, como escritores que se ocuparon del asunto en "Letras y Ciencias", de Santo Domingo.

Echéme a buscar la colección de esta revista, hoy rarísima, y tuve la buena fortuna de que mi distinguido colega, el historiador Licenciado Don Veti-

(8) M. de J. Troncoso de la Concha —Narraciones Dominicanas— Editorial El Diario, Santiago, República Dominicana, 1946.



lio Alfau Durán, me la facilitara, con la amabilidad que le caracteriza y por lo cual le doy públicamente las gracias.

Y, en efecto, allí encontré, en los números de 15 y 27 de febrero y 15 y 29 de marzo de 1893, una narración intitulada "El Tapado", por el Dr. don Francisco de la Fuente Ruíz y las anotaciones del señor Penson en los números de 15 y 29 de abril.

Pero ¿cuál no sería mi sorpresa cuando al leer el artículo de de la Fuente Ruíz ví que no era otro que el del General Riva Palacio, que el desaprensivo señor había copiado sin quitar punto ni coma y agregando sólo al final dos o tres parrafeos de su cosecha?

Tan escandaloso plagio me hizo entrar en sospechas acerca de lo que el propio de la Fuente dijo en carta de 17 de marzo de 1891 al señor Penson, al remitirle el artículo, sobre "su práctica" en trabajos de investigación histórica, después de asentar que los archivos y bibliotecas de México se encontraban en un estado horroroso de desorganización.

Y tenía la desfachatez de afirmar: "Sobre si era (El Tapado) o no el mismo que estuvo en Santo Domingo no he encontrado datos, aun cuando estoy persuadido de que efectivamente lo era". Y agregaba con frescura: "Hay la coincidencia de fechas, de rango y de investidura oficial. Y hay más ¡prueba plena! la identidad del nombre, apellidos y títulos nobiliarios".

El señor Penson, en las anotaciones con que calzó el artículo enviado por de la Fuente Ruíz —a quien le había pedido datos "por la vía oficial", pues aquel era Ministro de la República en México— manifiesta que no satisfecho con esas informaciones se dirigió a su buen amigo don Manuel de J. Galván, que a la sazón se hallaba en Madrid como Ministro Plenipotenciario, para que le hiciera búsquedas y encontrar la "clave del arco" con datos del Archivo de Indias de Sevilla; pero aunque el señor Galván hizo las investigaciones no obtuvo ningún resultado. Y al glosar lo dicho por de la Fuente Ruíz, el señor Penson le hizo ver que él no había dicho que los mismos títulos que el de México ostentara el "Tapado" de Santo Domingo.

Y después de confesar que los datos de de la Fuente le habían dejado en las mismas dudas y de largas y sabias digresiones para comparar a los dos personajes, termina con esta dubitativa aserción: "Nada a mi ver aclarará este enigma; y mientras tanto, bien podemos seguir suponiendo que nuestro Ta-

pado y el de México son uno mismo, porque realmente, según dijimos, no era fácil que a fines de 1600 y tantos hubiese dos Visitadores ni verdaderos ni falsos".

A lo que hay que agregar que no hubo tal Visitador de México, puesto que de haberlo sido Benavides ni se le hubiera enjuiciado ni menos ajusticiado, pues esto era tanto como haber llevado a la horca al Rey, cuya persona representaba un Visitador. La Corte ha de haber tenido amplias noticias del proceso, ya que durante un año se estuvo tramitando.

Volviendo a mis investigaciones locales, consulté la novela "Eusebio Sapote", del Sr. Enrique Aguiar, (9) y en el capítulo XVI, página 121 y siguientes, bajo el título "La Leyenda del Tapao (sic) y algo más", refiere que la casa de "El Tapado" fué construída por una comisión de arquitectos que llegó a Santo Domingo "dizque en la época de Felipe V" y que la dirección de la fábrica estuvo a cargo del arquitecto don Gonzalo de Urrutia. La casa se construyó para don Pedro Antonio Patiño Benavides y Cifuentes, "nietao del Caballerizo de su majestad el rey y noble por línea directa". La mansión debía ostentar en su frontis el escudo de los Benavides, que representa "un rosario en forma de circunferencia (el mundo) atravesado por una cruz (el cristianismo) y debía guardarse la más absoluta reserva acerca de la persona que iba a ocuparla "quien a su vez guardaría la más rigurosa incógnita (?) de su persona".

Como don Antonio Patiño de Benavides sólo salía de noche, oculto el rostro bajo capa y echada sobre su frente "la pluma de su sombrero alón", la gente comenzó a llamarle "El Tapado" y de allí el nombre de la casa y de la calle.

Y esos sucesos tuvieron lugar en el año 1703.

Como se ve, parece que estamos frente a Alejandro Dumas o Fernández y González; pero nada me autoriza a no creer que el señor Aguiar encontró documentos auténticos para hacer sus aseveraciones, ya que da nombres y consigna el del "Tapado" que, ¡coincidencia sorprendente!, se llamaba Antonio y se apellidaba Benavides, como el de México.

¡Lástima que nadie haya solicitado del señor Aguiar que proporcionara, en bien de la Historia, las fuentes en que topó con esos datos, importantísimos, de ser verídicos!

(9) Enrique Aguiar —Eusebio Sapote— La historia y la novela de un Tapado. 1938. Editorial Selecta, Bogotá.

Sin embargo, hay que hacer notar, de paso, que, entre otras cosas, no es blasón nobiliario el que ostenta la casa ni se sabe de ningún arquitecto Urrutia. Lo que se toma por escudo es la señal que ponía la Iglesia a los bienes de su propiedad, y numerosas casas la tuvieron. Los escudos de los Benavides y Cifuentes no tienen ni la más remota semejanza con la señal de la casa de "El Tapado".

Otra obra que consulté fué la intitulada "Santo Domingo-Ciudad Trujillo", del señor Luis E. Alemar, quien (páginas 85 y 86) repite la conocida tradición, consignando que "El Tapado" de Santo Domingo fué perseguido aquí, por lo que pasó a México "en donde se dice que tuvo choques con el Virrey y la Audiencia, en cuyas garras cayó, siendo acusado de traidor y llevado al patíbulo". Reproduce "las generales" tomadas de la fantástica descripción personal de Riva Palacio: "era (El Tapado) un sujeto alto, de compleción vigorosa, figura arrogante y color trigüeño, cabellos negros y también la barba muy poblada, ojos grandes, de mirada penetrante, resuelto y enérgico y que frisaría entre los cuarenta y cuarenta y cinco años".

Luego, en la nota que al final de su obra puso el señor Alemar, se rebate a sí mismo, pues dice: "Sobre este tan traído y llevado personaje han escrito ya los estilistas y literatos dominicanos Dr. Federico Henríquez y Carvajal (*no sé yo que haya escrito nada especial acerca de "El Tapado"*) y César Nicolás Penson".

"Es nuestra modesta opinión que la leyenda tan repetida de *El Tapado*, llegó aquí confundiéndola con una casi idéntica de México y que se refiere a Don Antonio Benavidez, quien tuvo complicadas aventuras a su llegada a México, investido con un cargo oficial" (10).

En este estado las cosas, tuve la buena fortuna de conocer al benemérito historiador y conspicuo investigador Fray Cipriano de Utrera, quien, siguiendo las luminosas huellas de muchos de sus predecesores franciscanos, ha dado y sigue dando lustre a su Orden y ha prestado valiosísimos servicios a la historia de América.

Archivo viviente, eruditísimo en conocimientos del pretérito de Santo Domingo, era natural que de-

mandara sus luces en la cuestión de "El Tapado". Y el buen fraile, con su franqueza andaluza, me dijo:

—Espere usted un poco que por aquí tengo otro "tapado"; —usando ese término como sustantivo.

Y el "tapado" del padre Utrera fué puesto al descubierto en una amenísima cuanto documentada conferencia que el 9 de septiembre último sustentó en la Casa de España y en la que, a vueltas de ilustrar al auditorio con incidencias curiosas del contrabando en la época colonial en la Isla Española, hizo la gran revelación de quién era verdaderamente "El Tapado" de Santo Domingo.

Fray Cipriano, como todos lo sabéis, no es hombre que se anda con miramientos para consejas, tradiciones y leyendas. Como su congénere el gran benedictino Feyjoó, hace tabla rasa de toda esa hojarasca que a veces tanto perjudica a la verdad histórica, pero que al decir de algunos autores también presta buenos servicios, porque alegan que la historia primitiva de los pueblos está basada en tradiciones.

Pero Fray Cipriano sólo gusta de hablar cuando tiene el documento comprobatorio en las manos. Y así, en el asunto de "El Tapado" no expuso sus afirmaciones sino con la prueba escrita, hallada en sus investigaciones. Estas se reafirman en un minucioso estudio genealógico de la persona en que él identifica a "El Tapado" y que en breve se publicará en el *Boletín del Archivo General de la Nación*.

Según Fray Cipriano, fué un individuo llamado Don Luis Franco de Acevedo, verdadero y genuino "Tapado" dominicano. Dicho sujeto, nacido en esta ciudad, "notoriamente de ascendencia de pardos", era un contrabandista impenitente. Desde fines del siglo XVII y en los comienzos del XVIII, Franco de Acevedo tuvo sus dares y tomares con la justicia del Rey, a causa de que no obstante ser capitán guardacostas en Baní, contravenía la ley y tomaba parte en el comercio ilícito.

Franco de Acevedo, dice Fray Cipriano, "fué famoso por la iteración de sus proceder"; y, en efecto, se le puso preso una vez; pero fué la única, porque después de delinquir nuevamente, en vano lo buscaban los alguaciles. Se volvía ojo de hormiga y ni en su casa de aquí ni en la estancia que tenía en Sambangola, pudieron ponerle la mano encima. Aquel hombre se filtraba por las paredes, como los fantasmas.

En septiembre de 1724, por una deuda que contrao, se decretó el embargo de sus bienes, y la Au-

(10) Luis E. Alemar. Santo Domingo, Ciudad Trujillo —Apuntaciones históricas de la muy noble y muy leal Ciudad de Santo Domingo, primada de América y la predilecta de los Colonos— Editorial El Diario, Santiago, República Dominicana, 1943.



diencia ordenó que se ejecutara primeramente "en las casas en que vive, que están en la calle que viene del convento y plaza del Señor Santo Domingo de Guzmán para el de Regina, que son de piedra y ladrillos, altas y bajas, que dijo Doña Antonia Guridi, su legítima mujer, haberlas comprado a tributo, que todavía no las había reconocido. (Lo que las hacía desembargables).

En vano fué buscado allí Acevedo; pues se dijo se había marchado al campo.

Siguió en sus malos manejos el de Acevedo y cuando estuvo en la isla como Gobernador y Capitán General don Francisco de la Rocha, también conoció de otra acusación por "ilícito comercio" contra Luis Franco de Acevedo. Se proveyó un auto en noviembre de 1728 para que aprehendieran a Acevedo y al margen el Secretario escribió: "Auto de 8 de noviembre de 728, para coger la persona del Tapado". (AGI, Escribanía 13 A).

La prueba es concluyente. No dijo el Secretario: "en la casa del Tapado", cosa que podía hacer suponer que vivía Acevedo en la finca así nombrada, sino que claramente consignó: "la persona del Tapado". Luego por "El Tapado" era conocido Acevedo y me inclino a creer que Fray Cipriano ha puesto punto final a esta cuestión, porque, aunque respetables personas han asegurado que la tradición del "Tapado" dominicano data del Siglo XVII, ya se sabe cómo se forjan estas leyendas por la imaginación popular y nadie puede afirmar la fecha de su origen.

Fray Cipriano, después de dar este golpe de maza, que hará retemblar el solío de Clío, remata su contundente afirmación, con estos conceptos:

"Es así como el secretario de Gobernación dejó insinuado que el Gobernador Rocha, como cualquier otro que estuviese gobernando, no era parte, como no lo era la Audiencia, para administrar justicia en sujeto que con miles cautelas se adelantaba a cuantos trataban de prenderle, repitiendo la hazaña tantas veces o en casos que necesariamente habría de caer en manos de aprehensores, que con llamársele o nombrársele por el Tapado, todo consistía en que le llegase la hora y esa hora nadie la sabía. Y gracias a este arbitrio literal de identificarse por el secretario de Gobernación a don Luis Franco de Acevedo con El Tapado, las sombras de misterio que los años echa-

ron sobre la memoria del sujeto hasta estilizarlo las viejas en el Duende que sale de noche para llevarse a los niños que se apartan del umbral de la casa, y los conservadores de la tradición oral en un príncipe o caballero principal penitenciado por el Rey a vivir en el destierro con la obligación de cubrirse el rostro con un antifaz, etc., el Tapado dominicano queda reducido a lo que fué: un vecino de la ciudad, artero y osado, que dedicó los mejores años de su vida a los azares del contrabando".

"Así y todo, el mote dado a don Luis tenía arraigo más que en la calidad o en la cantidad de sus matutes, en el modo de haberse con la justicia en los casos de denuncia contra su persona, y era lo que transcendía en el pueblo".

Y de esta manera, identificados personaje y casa, "El Tapado" dominicano, contrabandista contumaz, se desliga para siempre de su infeliz homónimo "El Tapado" de la Nueva España.

José de J. Núñez y Domínguez.

Ciudad Trujillo, R. D., 18 de diciembre, 1949.

Días después que pronuncié esta conferencia, Fray Cipriano de Utrera publicó en el diario "La Nación" una "carta abierta" dirigida al suscrito, en la que da la noticia de que "El Tapado" de México fué de origen dominicano, según se deducé de documentos que obran en su poder.

Y, en efecto, los detalles contenidos en esos documentos coinciden en tal forma con los acontecimientos en que tomó parte D. Antonio de Benavides, y son coetáneos fechas e individuos, que, por mi parte, creo que Fray Cipriano ha dicho con esto la última palabra en el debatido asunto. No hay duda de que el Antonio de Benavides, a quien se apodó "El Tapado" en México, es el mismo que nació en Santo Domingo y de que habla Fray Cipriano.

Me complazco en reconocerlo así y expreso mis más profundos agradecimientos al gran historiador franciscano por haber puesto su saber, una vez más, al servicio de la verdad histórica.

NOTA.—La mencionada carta que había de reproducirse aquí, fué descartada por su autor para dar la preferencia, que justamente tiene, al estudio que sobre El Tapado de México se ha servido dedicar al Dr. D. José de J. Núñez y Domínguez, y se estampa a continuación.—(V. A. D.)

